

Discurso de Ignacio Ellacuría

Al recibir el Premio Internacional Alfonso Comín, 1989, a la Universidad Centroamericana de San Salvador, José Siméon Cañas y a su Rector

Excelentísimo señor Alcalde, yo le nombro en primer lugar porque aunque en la Universidad suelo empezar siempre saludando al pueblo primero porque está más conforme con la teología cristiana, pero ya que tan generosamente nos ha cedido este espléndido sitio que nos va a servir de apoyo y protección en El Salvador quiero reconocérselo así.

Querida María Luisa, queridos amigos. Al que me ha precedido no le voy a saludar porque es colega y se ha dejado llevar del cariño y del conocimiento que tiene de la Universidad.

En relación a lo citado por J. Ignacio, creo que fue con ocasión de la primera presentación de la izquierda revolucionaria democrática, que se hizo en esta Universidad, había entrado lo que llamamos allí una gran barra de estudiantes gritando como si estuviéramos en un gran mitin político, entonces, yo, que presidía el acto, les dije: "Dejen a la razón servir a la revolución". Hay otras muchas maneras de servir a la revolución, pero la razón tiene también que hacer algo en favor de la revolución.

Quiero decirles con cuanta propiedad nos dan este premio, no en el sentido de mérito, sino en acomodación a lo que la figura de Alfonso Comín puede representar, y también una puesta en ejercicio de lo que es este uso de la razón comprometida con la causa popular desde una Universidad.

La concesión del premio Fundación Comín a la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas", supone para ella y para muchos de quienes en ella trabajamos por una parte complacencia al ver reconocido algo muy profundo de su actividad y aún

función universitaria y por otra parte agradecimiento al darnos con ello un impulso para seguir adelante "altius, citius, fortius" que dicen los olímpicos en una situación y en unos momentos difíciles, muy difíciles, recuerden el tremendo coche bomba que acaba de asesinar a diez sindicalistas de FENASTRAS, con quienes nuestra Universidad ha compartido trabajos tantas veces y en menor escala recuerden también la destrucción de nuestras instalaciones gráficas, la última vez, son ya quince, el 22 de Julio pasado.

La conjunción de la figura de Alfonso Comín con quien coincidí como ponente en las Semanas de Teología de Bilbao en los 60 y el conocimiento de su orientación y sobre todo de su problemática, con la problemática y la orientación de nuestra Universidad me impulsa a hacer unas reflexiones que muestren la actualidad de su ausencia presente y la urgencia y gravedad de seguir en una tarea interminable pero progresiva. Entre otras posibles perspectivas quisiera elegir en esta ocasión dos fundamentales: la del modelo o proyecto de sociedad universal o mundial que debe irse construyendo por medio de una práctica iluminada y la de la colaboración de los intelectuales universitarios a esa práctica transformadora.

Para que estas reflexiones no queden desviadas ideológicamente o tengan menos peligro de serlo, conviene señalar desde dónde deben hacerse o pueden hacerse mejor. Es claro que Alfonso Comín intentó su obra teórica y práctica desde los pobres y oprimidos- y no sólo para los pobres y oprimidos- con una intención de universalidad y solidaridad. Esa es también la perspectiva al menos intencional de nuestra universidad, que desde hace veinticinco años trabaja desde la luz y en la luz que las mayorías de oprimidos del mundo derraman sobre todo él para enneguecer a unos pero para iluminar a otros.

Pues bien, desde esta perspectiva universal y solidaria de las mayorías populares, el problema de un nuevo proyecto histórico que se va apuntando desde la negación profética y desde la afirmación utópica apunta hacia un proceso de cambio revolucionario, consistente en revertir el signo principal que configura la civilización mundial.

Hasta ahora y cada vez con mayor fuerza determinante, de los dos grandes procesos dialécticamente entrelazados en la estructura y en la marcha de la historia, el trabajo y el capital, en-

tendidos cada uno de ellos en toda su amplitud, la predominancia tanto en los países de capitalismo privado como de capitalismo estatal es del capital sobre el trabajo. Quien impone realmente las leyes de casi todos los procesos, en unos con mayor peso que en otros, es el dinamismo del capital. No es primariamente que los hombres, clases o grupos sociales, naciones o grupos de naciones hayan decidido ponerse al servicio de la producción y acumulación del capital, es que el capital, sobre todo en su dimensión internacional pero también intranacional, pone a su servicio a los hombres, a las clases sociales, a las Naciones y ya no digamos a todo el aparato económico, que es la parte más determinante del organismo social. Sometido a ese dinamismo está especialmente el trabajo del hombre, es decir, casi todo lo que el hombre hace consciente y proyectivamente para transformar la realidad.

Antes de condenar no por razones o criterios éticos apriorísticos este orden histórico -y no sólo económico- sustentado en el capital han de reconocérsele algunos logros importantes para la historia de la humanidad, sobre todo en el orden científico y tecnológico pero también en el político. Ha progresado la investigación científica y se han acumulado aportes que en sí serán muy positivos y aún absolutamente indispensables para resolver los ingentes problemas que la especie biológica humana y la vida en sociedad generan inevitablemente. También en el orden ético-político se han hecho importantes avances reconocidos institucionalmente, que pueden resumirse en la aceptación teóricamente universal de los derechos humanos. Naturalmente hay también otros progresos en el ámbito ideológico-cultural, aunque en este campo es muy discutible que los logros actuales en un mundo de gran acumulación de capital sean superiores a los obtenidos en otros momentos de la historia. El reconocimiento de estos valores no es solo cuestión de objetividad sino de necesidad pragmática para que el futuro deseado no se convierta en un escapismo primitivista. El "comenzar de nuevo" no puede confundirse con el "comenzar de nada". Pero menos puede confundirse con el "seguir en lo mismo o proseguir en lo mismo", porque lo alcanzado hasta ahora y lo previsto para el futuro por esta civilización del capital, valorado en términos universales ha conducido y está conduciendo a) no sólo a la ampliación de la brecha entre ricos y pobres sean regiones, países o grupos humanos, lo cual implica que la distancia es cada vez mayor y que cada vez sea más grande el número de pobres -al crecimiento

aritmético de los ricos corresponde un crecimiento geométrico de los pobres-; b) no sólo al endurecimiento de los procesos de explotación y de opresión con formas eso sí más sofisticadas; c) no sólo al desmejoramiento ecológico progresivo de la totalidad del planeta; d) sino a la deshumanización palpable de quienes prefieren abandonar la dura tarea del ir haciendo su ser con el agitado y atosigante productivismo del tener, de la acumulación de la riqueza, poder, honor y la más cambiante gama de bienes consumibles.

Y no se diga apresuradamente que más cornadas da la pobreza y que hay que dominar para no ser dominado y que el que nada tiene nada es. Y esto por la sencilla razón de que la crítica a la civilización del capital no se hace desde un idealismo moralista sino desde un materialismo comprobante. La pobreza que da cornadas es la que surge de su contraposición dialéctica con la riqueza, la que es el resultado de una civilización del capital, pero no la que resulta de una civilización del trabajo.

Pero no se trata de cualquier trabajo. El trabajo sin el cual el capital no prospera no es el trabajo tomado como negocio y que llena el ocio, sino el trabajo tomado como negocio y que es la negación del ocio. No queremos con esto hacer un planteamiento aristocrático helenizante. Trabajo y ocio no deben contraponerse. El trabajo produzca o no valor y últimamente se concreta en mercancía y capital es, ante todo, una necesidad personal y social del hombre para su desarrollo personal y equilibrio psicológico así como para la producción de aquellos recursos y condiciones que permiten a todos los hombres y a todo el hombre realizar una vida liberada de necesidades y libre para realizar los respectivos proyectos vitales. Pero entonces se trata de un trabajo no regido exclusiva ni predominantemente, directa o indirectamente por el dinamismo del capital y de la acumulación sino por el dinamismo real del perfeccionamiento de la persona humana y la potenciación humanizante de su medio vital del que forma parte y al que debe respetar.

No son pocos los hombres y mujeres de ayer y de hoy que estarían de acuerdo con esta propuesta general de sustituir una civilización del capital por una civilización del trabajo, lo cual no consiste en la aniquilación del capital y de sus dinanismos sino en la sustitución de su primacía actual, tanto en los países capitalistas como en los países socialistas, por la primacía del trabajo. Quizá

fue esta una de las tesis fundamentales de Alfonso Comín tanto desde su perspectiva cristiana, desde su acendrada fe cristiana como desde su perspectiva marxista. La fe cristiana es irreconciliable con una civilización del capital, afirmación en la que puede centrarse el núcleo teológico de la *Laborem exercens* de Juan Pablo II y sospecho que también es irreconciliable con los postulados marxistas más allá de la negación de la acumulación privada del capital. El haberlo visto así hizo de Comín y de su pensamiento un preanuncio y un desafío teórico y práctico.

Lo que queda por hacer es mucho. Sólo utópica y esparanzadamente puede uno creer y tener ánimos para intentar con todos los pobres y oprimidos del mundo revertir la historia, subvertirla y lanzarla en otra dirección. Pero en esta gigantesca tarea lo que en otra ocasión he llamado el análisis caprohistórico, el estudio de las heces de nuestra civilización parece mostrar que esta civilización está gravemente enferma y que para evitar un desenlace fatídico y fatal intentará cambiar desde dentro de sí misma. Ayudar profética y utópicamente a alimentar y provocar una conciencia colectiva de cambios sustanciales es ya de por sí un primer gran paso.

Queda otro también fundamental y es el de crear modelos económicos, políticos y culturales que hagan posible una civilización del trabajo como sustitutiva de una civilización del capital. Y es aquí donde los intelectuales de todo tipo esto es, los teóricos críticos de la realidad, tienen un reto y una tarea impostergables. No basta con la crítica y la destrucción sino que se precisa una construcción crítica que sirva de alternativa real. Mucho de esto se ve en los estados socialistas sometidos a una profunda crisis de reconversión que sólo una lamentable miopía histórica podría interpretar como un mero cambio del capitalismo de estado con sus correspondientes estructuras políticas, sociales e ideológicas a un capitalismo privado de clase. Mucho de esto se ve en algunos movimientos revolucionarios de América Latina, entre ellos el de los sandinistas en Nicaragua y el FMLN en El Salvador. Poco y marginal se ve en los países estrictamente capitalistas, que piensan han recibido su reconfirmación por la perestroika de algunos países socialistas o por el éxodo de algunos miles de sus ciudadanos. Creen que son los otros los que deben cambiar imitándolos y a la democratización del socialismo -insuficiente por muchas razones- no quieren responder con una correlativa socialización de las llamadas

democracias liberales, sobre todo con una socialización que no termine en las propias fronteras nacionales o regionales sino que tenga en cuenta a toda la humanidad, a la que quieren “democratizar” para introducir las así mejor en una civilización del capital.

Contra esta marea ideologizante no sólo hay que desenmascarar su trampa ideológica sino que hay que ir haciendo modelos que en un fructífero intercambio de teoría y praxis den salida efectiva a ideales que no sean evasivos sino animadores de una construcción histórica.

Nuestra Universidad, a la que tan generosamente los responsables de la Fundación Comín han querido premiar está intentando hacer algo de esto y es mi convicción que por ello está siendo reconocida por ustedes. Inmersa en una situación donde nada menos que la historia está haciendo crisis o por lo menos, la crisis de la historia universal actual se muestra en toda su gravedad, es una situación donde la civilización del capital y del imperio ha ido mostrando algunos de sus males más graves y donde, en contrapartida, se ha suscitado un gravísimo movimiento de protesta y de alternativa, que no ha podido ser derrotado tras diez años de duro enfrentamiento, en el que ha participado Estados Unidos con más de 3.000 millones de dólares, cientos de asesores y de otras múltiples formas, y ha procurado responder a esta realidad que en lo particular afecta a las mayorías populares de El Salvador y en lo universal plantea problemas de envergadura mundial, encuadradas en lo que se apuntó en la primera parte del discurso.

Nuestra contribución universitaria pretende ante todo contribuir a esta lucha histórica. Pensamos que debemos y, consecuentemente, queremos ser parte activa en esta lucha. Lo pretendemos ser universitariamente, pero esto no significa primariamente mediante la formación de profesionales, punto también importante pero ambiguo porque el país necesita un acelerado desarrollo económico, sino mediante la creación de un pensamiento, de modelos, de proyectos que arrancando de la negación superadora de la realidad circundante y tratando de que esa negación activa entre a formar parte de la conciencia colectiva, avance hacia soluciones tanto coyunturales como estructurales en todos los ámbitos de la realidad nacional, tanto política, como religiosa, tanto económica como tecnológica, tanto artística como cultural. Esto requiere la mayor excelencia académica posible y sin la que poco contribuiríamos como

intelectuales a problemas de tal complejidad; requiere también una gran honestidad que no es sólo vocación de objetividad sino pretensión de máxima autonomía y libertad; requiere finalmente un gran coraje en un país donde las armas de la muerte te estallan con demasiada frecuencia en la más amenazante de las proximidades.

Pero esto no bastaría si no tuviéramos claro donde nos debemos situar como universitarios para encontrar la verdad histórica. Suele decirse que la Universidad debe ser imparcial. Nosotros creemos que no. La Universidad debe pretender ser libre y objetiva, pero la objetividad y la libertad pueden exigir ser parciales. Y nosotros somos libremente parciales a favor de las mayorías populares porque son injustamente oprimidas y porque en ellas negativa y positivamente está la verdad de la realidad. Nuestra Universidad en tanto que Universidad tiene una confesada opción preferencial por los pobres, de quienes aprende en su realidad y en su múltiple expresión integrante y apuntante. Se pone de parte de ellos para poder encontrar la verdad de lo que está pasando y la verdad que entre todos debemos buscar y construir.

Hay buenas razones teóricas para pensar que tal pretensión está epistemológicamente bien fundamentada, pero además pensamos que no hay otra alternativa en América Latina, en el Tercer Mundo y, en otras partes, de otro modo, para universidades o intelectuales que se dicen de inspiración cristiana. Y nuestra Universidad lo es cuando se sitúa en esa opción preferencial por los pobres, que son cuantitativamente la mayor parte de la humanidad como conjunto y que son cualitativamente el mayor desafío de la humanidad como humanismo. Desde esta opción en el plano teológico somos partidarios de poner en tensión a la fe con la justicia. La fe cristiana tiene como condición indispensable, aunque tal vez no suficiente, su enfrentamiento con la justicia, pero a su vez la justicia buscada queda profundamente iluminada desde lo que es la fe vivida en la opción preferencial por los pobres. No son para nosotros dos realidades autónomas voluntariamente entrelazadas, sino dos realidades mutuamente referidas o respectivas que forman o deben formar una única totalidad estructural, tal como repetidamente se ha expresado en la teología de la liberación y en otros movimientos teológicos afines. Pensamos que muchas predicaciones y realizaciones de la fe han sido nefastas cuando se han hecho de espaldas a la justicia y a las mayorías populares oprimidas y empobrecidas. Pensamos también que muchas predicacio-

nes y realizaciones de la justicia han sido también nefastas cuando se han hecho más de cara a la toma del poder que al beneficio de las mayorías populares y a algunos valores fundamentales del Reino de Dios predicado utópicamente por Jesús.

Así es como nuestra Universidad trabaja revolucionariamente por la causa de la liberación en El Salvador, un proceso llevado sobre todo por las masas de modo tal vez parcial e imperfecto y al que universitariamente queremos acompañar desde una inspiración cristiana que obliga a una opción preferencial por la causa histórica de los pobres.

En El Salvador aún la extrema derecha y la derecha en general ha llegado a reconocer que el problema principal del país es no ya la pobreza sino la miseria que afecta a más del 60 % de la población. Esto ocurre a unos pocos kilómetros para las distancias actuales del centro mismo del capitalismo internacional y es una de las mejores constataciones de lo que da de sí la civilización del capital por mucho que se entienda a sí misma como civilización cristiana occidental y como modelo de vida democrática. La verdad consiste en todo lo contrario: no es cristiana porque convive con plena tranquilidad y aún es causa de múltiples formas de pobreza y explotación de los demás; y no es democrática porque no respeta la voluntad mayoritaria de la humanidad ni la soberanía de las otras naciones, ni aún los dictámenes masivamente mayoritarios de las Naciones Unidas o las sentencias del Tribunal de La Haya.

Es en esta situación donde nosotros queremos contribuir a ayudar o construir con otros muchos hombres de la tierra, con otros muchos pueblos una civilización realmente universal que entendemos no puede ser otra que la civilización del trabajo, una civilización de la pobreza que se enfrenta a la civilización de la riqueza que está llevando al mundo a su consumación y no está llevando a los hombres a su felicidad, y en el trabajo por la construcción de esta nueva civilización nos queremos poner claramente intencionalmente en esta causa concreta histórica mediante la cual se construye el reino de Dios.

En este momento como saben en Centroamérica, especialmente en El Salvador y en Nicaragua, estamos en uno de los momentos críticos de la historia. Nicaragua está tratando con grandes dificultades de encontrar ya definitivamente la paz y con la paz un proceso democrático que no tiene porque ser la imitación de

los procesos democráticos que en otros países ocurren, pero está buscando y ojalá ayudemos, yo sé que esta Fundación ha dado ya su respaldo al proceso nicaragüense pero en este momento en El Salvador, -quiero volver a recordar el asesinato inmisericorde de unos compañeros sindicalistas por un coche bomba hace unos pocos días, precisamente, para intentar romper el proceso de negociación entre el FMLN y el gobierno-, estamos viviendo también un momento trascendental, yo creo que en toda el área, hemos entrado en una nueva fase consistente en un cierto rebajamiento del proyecto maximalista revolucionario, pero también en un cierto rebajamiento del proceso maximalista antirrevolucionario. Estos proyectos se van acercando y se van a enfrentar tal vez ya no de una manera violenta a través de las armas, sino a través de una dura y fuerte negociación en que realmente se negocien las causas de las mayorías populares frente a los defensores de las minorías elitistas, bien como saben, el FMLN ha roto la tercera convocatoria en justa protesta por el asesinato de los sindicalistas salvadoreños yo espero, porque no solo trabajamos en planteamientos teóricos, también trabajamos en la tarea cara a cara, boca a boca con unos y con otros para tratar de sembrar racionalidad en favor de las mayorías populares que son injustamente tratadas, estamos en una circunstancia absolutamente excepcional y yo les pido a ustedes aquí presentes como personas y tal vez como estamentos oficiales pongan sus ojos en Nicaragua y en El Salvador y nos ayuden. Yo recibo con una gran gratitud este premio de la Fundación Comín que pienso por el lugar en que se nos concede de alguna manera responde también al espíritu mejor de Barcelona, lo recibo con un gran agradecimiento también con una gran humildad, porque es para nosotros más un desafío que un premio.

Muchas gracias.

Ignacio Ellacuría